

El mudo dice lo que mira el ciego

José Hugo Fernández
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Afinales del pasado año, el Consejo Supremo Abacuá de Cuba debió desmentir un rumor que maliciosas lenguas racistas echaron a correr por las calles de La Habana¹, y que, al igual que la clásica bola de nieve, crecía mientras rodaba. No hará falta extenderse en muchos pormenores, pues el caso fue suficientemente divulgado. En síntesis, se comentaba que un hombre (blanco) resultó apuñalado en masa por miembros de la organización Abacuá. El hombre, según este falso rumor, no había sido admitido como miembro de la organización, entonces decidió vengarse vertiendo orina y excrementos sobre los congregados en una de sus reuniones, razón por la cual los abacuá reaccionaron violentamente, asesinándolo.

Lo peor es que el comentario discurreía acompañado por un video, de amplia circulación a través de la telefonía celular, con supuestas imágenes del hombre masacrado. Tato Quiñones, activista de la Cofradía de la Negritud, se vio obligado entonces a desmentir públicamente aquella patraña.

Sin embargo, ni el desmentido, ni la comprobación oficial del infundio bastaron para detener una tendencia que, aunque es muy vieja en nuestro país (data de los primeros años de la esclavitud), ha venido revigorizándose ahora con nuevos ímpetus, como si aun antes que en la memoria, se conservara incrustada en los genes de los cubanos: ante

un robo por asalto, un crimen o alguna otra ocurrencia aborrecible, se indaga casi mecánicamente por el color de la piel de los implicados, y si hay afrodescendientes, de inmediato comienza a ser relacionado el suceso con las creencias y prácticas de religiones que les son comunes.

En pleno tercer milenio, luego de más de medio siglo bajo un sistema de gobierno que se presenta como enemigo de la discriminación racial y cuya ascendencia y dominio sobre el pensamiento y sobre todas las expresiones socioculturales han sido absolutos, resulta descorazonadora la vigencia de aberraciones racistas que en muy poco difieren de las que existían en época de la colonia española.

Como en la metaforizada Serpiente del Lodo, la antigua cola del prejuicio y el miedo ante los dioses del panteón yoruba permanece encajada en la boca del presente para conformar un arco maléfico que rueda interminablemente sobre el tiempo. Si hasta hace unos pocos meses los tópicos más socorridos por los racistas cubanos versaban en torno al negro violador, negro ladrón, negro vago, negro violento y, más recientemente, en torno al negro represor policial, ocurre que, de improvisto, es el negro santero quien ha pasado a ocupar la cresta de ola de la desconfianza y de la repulsión pública.

Lo curioso, por llamarle de algún modo, es que esa rémora venga a reflotar

justo cuando el quehacer de las religiones más diversas está contando en Cuba con libertad de expresión y de acciones de las que nunca antes dispuso, al menos durante la extensa trayectoria del gobierno autodenominado socialista. Luego de haber sufrido varios decenios las más absurdas reprobaciones y prohibiciones oficiales, tanto el catolicismo, el protestantismo, el judaísmo, como cualquiera de las otras muchas prácticas religiosas, incluidas las de origen afro, reabrieron al fin sus sitios de culto y hacen libre proselitismo entre nuestra gente, frente la aprobación manifiesta de todos.

Es una novedad que aplaudimos y que ha llevado a muchísimos ciudadanos a reformular rancios comportamientos que la revolución quiso perpetuar como fruto de la idiosincrasia y de la identidad de los cubanos. Incluso ha conseguido llenar, en gran medida, el vacío espiritual que produjo aquello a lo que llaman el fin de la utopía revolucionaria. La fe en un futuro de redención social y estabilidad económica, que era como la clásica zanahoria, siempre a un palmo de la nariz, pero jamás alcanzable, ha sido sustituida aquí, en muy breve tiempo, por la fe en los dioses, que al menos no prometen lo que no pueden dar, más allá de consuelo, suerte o resignación.

Y para nadie es secreto que, dentro de este nuevo contexto, los credos religiosos de origen afro ocupan un lugar preponderante. Las razones son múltiples y por lo pronto bastaría con desgranar tres muy de pasada:

El ostensible crecimiento demográfico y, por ende, de la influencia de la población afrodescendiente en Cuba, hoy muy posiblemente mayoritaria.

El atractivo intrínseco de las religiones con origen afro, no sólo porque sus motivaciones de orden espiritual están estrechamente vinculadas con los asuntos de la vida coti-

diana de la gente, sino también por la forma en que se relacionan creyentes y deidades: con lenguaje y procederes familiares, de camaradería, sin ese distanciamiento de solemnidad sacrosanta que suele regir entre dioses y creyentes en otras religiones.

El auge que, tal vez sin proponérselo, el propio gobierno le ha estado proporcionando a las manifestaciones del folklor afrocubano, al impulsarlas como propuestas turísticas, con fines económicos, mucho más que culturales.

Es paradójico (y por eso también sospechoso) que justo en medio de este auge resurjan entre nosotros las muy viejas fobias contra organizaciones y ritos religiosos de origen afro. Sólo contra las de origen afro. Es incomprensible que, mientras cientos de miles de cubanos entregan, tranquila y confiadamente sus espíritus a otros credos (ninguno libre de culpas históricas ni de criticables prevenciones ni de dogmas reductores ante el avance de la civilización), sólo los devotos de la santería y de otras expresiones inherentes sobre todo a los negros y mestizos, sigan siendo estigmatizados por el prejuicio y todavía más, resulten difamados tan insolentemente como en los lejanos días del dominio colonial.

A los otros miembros de organizaciones religiosas que anteriormente sufrieron la opresión oficial (ante la indiferencia cómplice de tantos ciudadanos), les quedaba por lo menos el recurso del camuflaje y el ocultamiento, a la espera de circunstancias más propicias. También podían cambiar de fe, como muchos hicieron, sin que apenas se notara. Pero los negros y mestizos no pueden camuflar su color, mucho menos cambiarlo, y es de temer que detrás de este nuevo brote racista contra las congregaciones afines, más que resortes de origen espiritual y más que algún posible temor de otras religiones

ante su arrolladora competencia, subyace lo de siempre: el miedo al afrodescendiente, al poder de convocatoria de sus manifestaciones culturales y, en suma, a la influencia que, a pesar de los pesares, genera hoy entre cubanos.

Una de las primeras bolas que rodó, a propósito de varias decenas de habaneros que se envenenaron con alcohol metano, aseguraba que el drama tuvo su origen en una fiesta de santería. Como la mayoría de los afectados fueron negros o mestizos, se disparó enseguida la especulación racista. Ignoro si en esta oportunidad algunos de los envenenados hayan consumido el metanol en una fiesta de santos. Tampoco sería relevante. Lo esencial es que la mayoría eran afrodescendientes, todos vivían en barrios marginales y que, apartando las especificidades del sitio en que cada cual pudo haber contraído la intoxicación, todos están marcados por una idéntica tragedia: el alcoholismo como escape ante el fracaso, el arrinconamiento socio-económico y la falta de oportunidades.

Esta coincidencia resultó mucho menos accidental que el accidente mismo. Igual que tuvo su foco en un barrio de La Lisa pudo haberlo tenido en cualquier otro municipio habanero, casi todos con marcada incidencia marginal. Y no hay duda de que los afectados seguirían siendo mayoritariamente negros y mestizos, incluso si ocurriera en otra provincia del país.

Dentro del cuadro de abatimiento y desesperanza que hoy sufren los pobres de Cuba, el color negro resalta como los ojos del sijú entre la espesura. Es la lección más aplastante que se derivó de este suceso y la más fácilmente comprobable. Sin embargo, por algún motivo (digamos misterioso), en vez de reparar en ella, muchos, demasiados residentes de la capital prefirieron asumir tan dramática ocu-

rrencia mediante conjeturas y cavilaciones de signo racista, con la misma marca de aquellas que han servido (desde la colonia española hasta hoy) para alimentar entre los de abajo históricas divisiones que los de arriba aprovechan oportunamente para debilitarnos.

Entretanto, en la otra esquina, la de los intelectuales timoratos y pancistas (entre ellos algunos que, a partir de su propia condición de afrodescendientes, dicen defender desde el oficialismo los derechos y reclamos de negros y mestizos), se hace caso omiso a la evidencia, sin que ninguno tenga ni siquiera sentido común para aceptar que los envenenados con metanol en La Lisa y en otros andurriales habaneros desmienten del modo más triste toda la musaraña que ellos escriben en sus doctos panfletos y todo lo que cuentan en congresos y en comparecencias destinados a sustentar el mito de una revolución profundamente emancipadora, que sentó las bases para que todos los cubanos dispusieran de las mismas oportunidades para progresar en la vida.

“El mudo dice lo que mira el ciego”. Este refrán popular encaja tanto en la actitud de los racistas más y menos conscientes que hoy se entretienen lanzando rumores perniciosos, en vez de pensar con la cabeza, como en la de los supuestos antirracistas oficiales, gracias a cuya amistad —como reza otro dicho— los negros y mestizos cubanos no necesitan enemigos.

Notas:

- 1- Nota aclaratoria del Consejo Supremo Abacú de Cuba: <http://observatoriocriticodescuba.wordpress.com/2012/10/02/nota-aclaratoria-del-consejo-supremo-abacua-de-cuba/>